

Editorial

Asumiendo el riesgo de repetir innecesariamente ideas que ya habrán sido expuestas en el pasado, quiero referirme, aquí, a la faceta de *Saga* como contribución o servicio académico. Se trata de una dimensión que, con el paso de los años, se ha ido consolidando y que se evidencia, por ejemplo, en el hecho de que más de un centenar de autores, de distintas épocas y lugares del mundo, se han servido de la revista para dar a conocer su pensamiento a potenciales lectores —potenciales, más que reales—.

Varios hechos pueden ser referenciados aquí como demostraciones inequívocas de *Saga* como servicio académico. En primer lugar, cabe resaltar que han sido quince años de trabajo continuo, durante los cuales no han faltado los talleres de redacción, los congresos, los foros, los coloquios y las secciones de debate y réplica. Todos ellos son, en síntesis, espacios generados por la revista para fomentar el diálogo, piedra angular del ejercicio filosófico. En segundo lugar, no se puede negar que la revista es un buen espacio para que lectores-estudiantes se enfrenten a la producción académica de otros estudiantes, sus pares, y puedan hacer muchas cosas interesantes: debatir, enriquecer los trabajos propios, criticar, alimentar el ego, etc. Todas esas cosas están a la orden del día gracias a una publicación estudiantil. Sin embargo, no extenderé más esta lista para no atentar impunemente en contra de la faceta que quiero resaltar.

El panorama parece muy claro, por lo que el lector, con un poco de indulgencia, podrá convenir conmigo en todo esto que he dicho anteriormente y podrá, por cuenta propia, realizar una lista más extensa de las virtudes de *Saga* como contribución académica. No obstante, lo que acabo de decir es tan solo un deseo más de un miembro del comité editorial, que bien puede aspirar a que todas las personas resalten las bondades de la revista a la cual dedica una buena cantidad de tiempo semanal. Si dios, el arte o las grandes naciones no se salvan de críticas y acusaciones, es natural suponer que un proyecto editorial tampoco esté blindado contra ese tipo de consideraciones.

Que es una publicación sectaria, excluyente; un burdo remedo de *Ideas y Valores* o de cualquier otra revista indexada; que no da cabida dentro de sus páginas a la poesía y a la literatura, formas distintas al ensayo

para escribir filosofía... Todas esas son duras críticas que uno puede escuchar cuando *Saga* es tema de conversación. Incluso en alguna nota editorial anterior se expresó que en este proyecto se reunía toda la soberbia y la vanagloria del Departamento de Filosofía —lo cual es exagerado y, tal vez, corresponda más a un retrato psicológico de alguien en particular y no a una fiel descripción del grupo de trabajo en general—. Quizás, el conjunto completo de críticas y acusaciones sirva para moldear la faceta de *Saga* cuando pasa de ser un servicio a ser un vicio: ‘reseñismo’ extremo, adicción al uso de ‘bibliografía complementaria’, problemas sacados de la manga, etc.

Aun con todo un horizonte de cosas negativas que se pueden decir sobre nuestra publicación, no hace falta caer en un pesimismo desmedido. No es necesario y tampoco saludable, como sí lo es recordar las palabras de Aristóteles en la *Metafísica*:

La investigación de la verdad es, en un sentido, difícil; pero, en otro, fácil. Lo prueba el hecho de que nadie puede alcanzarla (993b) dignamente, ni yerra por completo, sino que cada uno dice algo acerca de la Naturaleza; individualmente, no es nada, o es poco, lo que contribuye a ella; pero de todos reunidos se forma una magnitud apreciable (992a30-993b10).

Creo que así es esta revista. Tras quince años de publicación pienso que incluso Aristóteles diría que muchas generaciones han logrado formar una magnitud apreciable. El presente número contribuye a ello al mejor estilo de *Saga*: seis artículos con una gama muy amplia de temas y estilos, que van desde la retórica de Platón —¡de nuevo Platón!— hasta consideraciones más recientes sobre filosofía de la ciencia y el primer Wittgenstein —¡malditos analíticos!—. Y, para rematar, por ahí aparecen los fantasmas de Berkeley y de Donald Davidson —¡Continetales!—. En fin, no se puede tener a todo el mundo contento, pero ese tampoco es el objetivo de esta revista.

Santiago Peña Rodríguez
Universidad Nacional de Colombia